

La sociedad alemana y el Holocausto: un debate*

Ruth Bettina Birn**

I

El estudio de las motivaciones de los perpetradores y las causas del Holocausto ha estado siempre al frente de las investigaciones, académicas o no, sobre el período nazi, desde su tiempo hasta la actualidad. Se ensayaron innumerables respuestas posibles, con conceptos tomados de disciplinas tan variadas como la historia, la psicología, la sociología o la teología. La obra de Daniel Goldhagen acerca de las razones de los responsables se postula a sí misma como “Una revisión radical de todo lo escrito hasta ahora” (p. 9 del original). Esto lo dice el mismo autor en la solapa del libro. La tesis de Goldhagen puede resumirse así: en Alemania se había enquistado un tipo de antisemitismo particularmente radical y enfermizo, que promovía como objetivo final la eliminación total de los judíos. A ese antisemitismo el autor lo denomina “antisemitismo eliminacionista”. Este, explica el autor, “estaba alojado en el corazón de la cultura política alemana, en la propia so-

* Ensayo sobre el libro de Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, Vintage Books, Nueva York, 1996. Hay versión en castellano bajo el nombre *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Ed. Taurus, Barcelona, 1998.

** Ruth Birn es Historiadora en Jefa de la sección Crímenes de Guerra y Crímenes de Lesa Humanidad del Departamento de Justicia canadiense. Traducción del inglés de Gabriel Torem.

ciudad" (p.428). El antisemitismo medieval, basado en las enseñanzas del cristianismo, "estaba tan arraigado en la cultura alemana" (p. 55) que, con el avènement de la modernidad, no desapareció, sino que adoptó nuevas formas de expresión, particularmente en cuanto a los aspectos raciales. A fines del siglo diecinueve el "antisemitismo eliminacionista" dominaba el escenario político alemán. Durante la República de Weimar se tornaría aún más virulento, incluso antes de que Hitler ascendiera al poder. Lo único que hizo la maquinaria nazi fue llevar esa ideología a la práctica, lo que no tuvo más obstáculos que los impuestos por la mera necesidad: "el camino a Auschwitz estaba allanado" (p. 425). El "programa genocida", que se implementó junto con la invasión a la Unión Soviética, recibió el apoyo de la población alemana en general, de los "alemanes corrientes" -frase fundamental del libro-, quienes se convertirían, entonces, en "verdugos voluntarios". Éstos no necesitaban ninguna orden, coerción o presión para actuar, porque su "modelo cognoscitivo" les indicaba que "el fin último de los judíos era sufrir y morir" (p. 316).

El libro se transformó en un suceso internacional. A Daniel Goldhagen le llorieron entrevistas y en todas partes empezaron a citar su obra; apareció en televisión y viajó de un lugar a otro comentando su trabajo. En varios países, las editoriales publicaron las muchísimas reseñas, tanto negativas como favorables, que se escribían. Es difícil pensar en otro libro académico que haya tenido un recibimiento semejante, y más todavía entender por qué éste causó tanto revuelo. El libro consta de tres partes: un resumen de la historia alemana y de la incidencia del antisemitismo en ésta, tres casos estudiados, y unas cien páginas de conclusiones. La primera parte fue la que acaparó la mayor atención de los comentaristas. Por esa razón, nosotros vamos a concentrarnos en la segunda parte, con especial referencia a las fuentes de que se sirve el señor Goldhagen y a la metodología general del libro. Solamente quisiera acotar una cosa con respecto a los temas que plantea Goldhagen. Para poder afirmar que el antisemitismo alemán era único, Goldhagen debería compararlo con otros tipos de antisemitismo. Si alguien sostiene que a los judíos se los trataba de una manera especial, ese alguien tendría que analizar el tratamiento dado a las otras víctimas; si alguien sostiene que ciertas cosas las hacían los alemanes y nadie más, ese alguien tendría que comparar esas cosas con las que hacían los no alemanes; si alguien sostiene que *todos* los alemanes se comportaron de un modo determinado, ese alguien tendría que comparar las conductas de los diferentes grupos dentro de la sociedad alemana. Resulta por lo menos curioso que un profesor de Ciencias Políticas no trate siquiera de examinar su evidencia dentro de un cuadro comparativo.

Los críticos no estudiaron la evidencia en sí misma porque la mayoría de ellos no está familiarizado con las fuentes que utilizó Goldhagen. En realidad, el autor casi no usa documentos históricos; amén de algunos documentos tomados del proceso de Nuremberg y unos pocos registros de los Archivos Federales Alemanes, se basa más que nada en fuentes secundarias. Para los casos estudiados, toma material principalmente de las investigaciones alemanas de posguerra, las

cuales se hallan en la Agencia Central para el Procesamiento de los Crímenes perpetrados por el Nazismo,¹ en Ludwigsburg, Alemania.

La importancia de las pesquisas y los registros de los juicios en toda investigación del período nazi es reconocida por los teóricos desde hace más de veinte años. Sin embargo, los historiadores son conscientes de que esos registros deben interpretarse con un ojo crítico. Sucede que los testimonios dados por los testigos se refieren a hechos pasados y, por ende, de carácter retrospectivo. Pero además de ello, tratándose de investigaciones penales, es fundamental considerar los incentivos adicionales existentes para distorsionar la verdad, como se evidencia en los testimonios mismos. La metodología con que Goldhagen trabaja las declaraciones de los perpetradores consiste en “descartar todos los descargos exculpatorios de los acusados en tanto no sean corroborados por otras fuentes”. El sentido que pudiera surgir de este tipo de selección es para el autor “despreciable” (p. 467, ver p. 601, n. 11).

El enfoque es demasiado mecánico y resulta inadecuado para abordar las complicaciones del tema, en especial si se tiene en cuenta que el objetivo manifiesto de Goldhagen es estudiar los complejos aspectos causales del asesinato. Las exposiciones de los motivos son parte integral en los testimonios de los perpetradores, y evaluarlas va mucho más allá de discriminar qué está corroborado y qué no. De hecho, se deben considerar unas cuantas variables más: 1) el contexto de la investigación (hay grandes diferencias de una investigación a otra, debido en parte al cuerpo responsable de la pesquisa y en parte al hecho de que algunos testimonios son inventados), 2) el contexto de la declaración (los perpetradores con frecuencia aportaban testimonios diferentes, a veces muy disímiles en su contenido, según el momento y el lugar del interrogatorio), 3) la manera en que se registró la declaración (en el sistema legal alemán, no se registra una transcripción literal de la declaración, sino un resumen preparado por el interrogador. El resumen no suele incluir las palabras del interrogado; apenas en algunos casos se incluyen citas textuales).

Al evaluar interrogatorios se hace necesario adoptar un enfoque comparativo. Las discrepancias, distorsiones y omisiones solamente pueden descubrirse revisando un corpus de declaraciones que sea lo más extenso posible. Por otra parte, el método comparativo es el único que sirve para ubicar las declaraciones en su contexto histórico e individual y el único que permite extraer conclusiones con conocimiento de causa. En este aspecto, el estudio de Goldhagen presenta fallas. Su muestrario de pruebas es extremadamente escueto; para cada uno de sus grandes temas sólo se concentra en una investigación, o en partes de investigaciones. Basa sus conclusiones en menos de doscientas declaraciones, un recorte bastante chico, considerando las decenas de miles existentes en relación con estos asuntos.

1. Su abreviatura es ZStL

Cuando los querellantes son alemanes, Goldhagen sólo toma fragmentos ínfimos de las demandas, los veredictos o los resúmenes del caso. Además, algunos fragmentos de declaraciones que cita están tomados de investigaciones que nada tienen que ver con su libro. Visto lo escaso de las fuentes a las que recurre el autor, no es de extrañar que la obra carezca de referencias bibliográficas y de un listado de archivos consultados.

II

La evidencia empírica que Goldhagen trae a la luz para respaldar su hipótesis está referida a tres elementos del nazismo: a) la Policía del Orden y los Batallones de Policía, b) el trabajo judío y c) las marchas de la muerte.

Goldhagen se lamenta con razón de que todavía no se haya escrito ninguna historia detallada sobre el papel de la Policía del Orden en el período nazi. Sin embargo, sí se ha estudiado la participación que tuvo este cuerpo en el Holocausto; tomemos, por caso, los tratados generales más prestigiosos sobre el tema, como *The destruction of the European Jews*, de Raul Hilberg o el estudio que hizo hace poco Browning sobre el Batallón 101.² Aunque sostiene que los Batallones de policía proveen “una nitidez pocas veces vista” (p. 181) para el entendimiento del genocidio, Goldhagen no cree que haga falta “comprender al dedillo el desarrollo institucional de esos batallones” (p. 181) para analizar su significación. Siguiendo este razonamiento, no investiga nada del material analítico que hay sobre la Policía del Orden (excepto cuatro archivos de la colección R 19 del *Bundesarchiv Koblenz*). Por cierto, un conocimiento más acabado del tema le habría evitado no pocos errores básicos.

El argumento de Goldhagen se hilvana así: los Batallones de policía constituían “la base organizativa de numerosos alemanes” (p. 182), quienes eran “seleccionados al azar” (p. 183); estos batallones no estaban formados “ni por espíritus marciales ni por superhombres del nazismo” (p. 185). Tal afirmación la sustenta con un análisis detallado de un batallón, el *Polizeibataillon* 101. Cuando el batallón viajó a Polonia Oriental en 1942, sus miembros eran mayormente reservistas. Eran hombres ya de edad; la proporción de afiliados al partido o a la SS no superaba la del resto de la sociedad. De acuerdo con Goldhagen, en general, por los contextos sociales de donde provenían, esos reservistas podrían tomarse como una muestra representativa de la sociedad alemana. Son “(...) representativos de la sociedad alemana -de los alemanes corrientes- en su grado de nazificación (...)” (p. 207). A pesar de la controversia vigente en las ciencias sociales con respecto a la relación entre el origen social y la conducta frente a determinadas situaciones humanas, Goldhagen rechaza los datos empíricos y torna su presunción en

2. Christopher Browning, *Ordinary men. Reserve Police Battalion 101 and the final solution in Poland*.

una premisa. Se atreve a sostener que esto le permite conocer más a fondo "(...) la conducta probable de otros alemanes corrientes" (p. 208). Este salto, de una cantidad limitada a una cualidad colectiva, que de por sí relativiza sobremanera los hechos reales, es bastante pavoroso, en especial si se tiene en consideración que hubo otros Batallones de policía activos durante el Holocausto, y que éstos no estaban compuestos por reservistas, sino por oficiales policiales de carrera o por voluntarios.³

El razonamiento de Goldhagen se desarrolla de la siguiente forma: algunos exmiembros del Batallón de Policía 101 revelan en sus declaraciones un incidente en el cual su comandante, el Mayor Trapp, comunicó a sus hombres de manera explícita que no tenían que disparar si no querían. Iba a ser la primera matanza de judíos que haría la unidad. Se nota aquí que el comandante era reacio a cumplir las órdenes que le habían dado. Unos pocos hombres se asieron a la posibilidad de no disparar. La mayoría no. Este suceso plantea la pregunta obvia acerca de los motivos de aquellos que sí cumplieron la orden. El móvil que los llevó a disparar fue, según Goldhagen, el "(...) tremendo odio hacia los judíos" (p. 425). Goldhagen dice que participaron de la matanza porque querían asesinar; en una de las muchas extrapolaciones que hace de uno a todos los batallones de policía, afirma que "(...) podemos generalizar sin miedo a equivocarnos, (...) a partir de esta decisión de no excusarse, que los Batallones de policía alemanes mostraban por sí solos sus deseos de convertirse en genocidas ejecutores" (p. 279).

En las investigaciones, los miembros del Batallón de Policía 101 explicaron su conducta. Ellos son el núcleo del estudio llevado a cabo por Christopher Browning. Las declaraciones apuntan a un tipo de motivaciones distinto del que señala Goldhagen, sobre todo en lo atinente a la primera matanza. En términos generales, la operación de exterminio no les despertó entusiasmo, lo que queda corroborado por los hombres que decidieron dar un paso al costado. Sin embargo, la ejecución se llevó a cabo. A medida que fue pasando el tiempo y se fueron repitiendo las matanzas, se configuraron ciertos caracteres típicos: los pocos que se hacían a un lado y no disparaban, los que gozaban matando, se ofrecían como voluntarios y daban rienda suelta a sus impulsos morbosos, y los que tan sólo cumplían la rutina de las ejecuciones, que fueron tornándose cada vez más salvajes. Browning estudia varias explicaciones basadas en conceptos sociopsicológicos, y arguye que en esta última conducta se combinan la presión de los compañeros, la ambición política y la obediencia.

A fin de cuadrarse en su hipótesis, Goldhagen se ve obligado a desmerecer la interpretación de Browning e incluso las explicaciones dadas en las declaraciones mismas. Las tilda de "(...) descargos exculpatorios insustanciales" (p. 534, n. 1); a Browning lo acusa de ser tan ingenuo como para creerlas. Es de destacar que

3. Por ejemplo: El Batallón Policial de Reserva 45, ZStL SA 429 Demanda StA Regensburg I 4 Js 1495/65; Batallón de Policía 306, ZStL SA 447 Veredicto LG Frankfurt 4 Ks 1/71; Batallón 316, ZStL, SA 387, Veredicto LG Bochum 15 Ks 1/66.

Goldhagen dedica una parte considerable de su análisis de la evidencia fáctica a criticar a Browning con un lenguaje muy duro. Ahora bien, ¿por qué se centró Goldhagen exclusivamente en el Batallón de Policía 101, teniendo para elegir entre unas ciento cincuenta investigaciones de otros batallones? Si bien en un examen más extenso habría sido sensato rever este caso en particular, es cuanto menos extraño que el autor se haya centrado solamente en este batallón, ya estudiado con anterioridad por un historiador prestigioso.

Cuando se evalúan testimonios, es válido desechar las declaraciones de los perpetradores o ser muy cauto con ellas, en especial cuando éstas son exposiciones de motivos. Al fin y al cabo, no son más que la imagen que los genocidas forjaron de sí mismos en su afán exculpatorio y están teñidas por la retrospección. Sin embargo, con esa actitud se perdería una de las pocas posibilidades de adentrarse en el pensamiento de los genocidas, posibilidad que se torna realmente iluminadora cuando los perpetradores sienten necesidad de desahogarse a través de la confesión y, junto con ella, explican los motivos de sus conductas. Así y todo, el rechazo de plano es una posición legítima. Esta alternativa, empero, no es la que adopta Goldhagen. Al parecer, él se mueve sin la menor rigurosidad metodológica. Este es el problema. Prefiere extraer de las declaraciones los fragmentos que más le convienen y reinterpretarlos según su punto de vista o sacarlos de contexto y adecuarlos a su propio esquema interpretativo.

Un ejemplo que cita Goldhagen es una carta escrita por un capitán del Batallón 101, a la que considera de gran valor. “Esta carta nos da una visión más profunda (...) de la que nos darían resmas enteros con confesiones espontáneas de posguerra” (pp. 3-4, 382). El capitán se queja a sus superiores porque, como garantía de que no habrá expoliaciones, éstos le hacen firmar una declaración. Goldhagen quiere graficar con este ejemplo que los alemanes tenían su escala de valores y eran capaces de hacer juicios morales. Sin embargo, al examinar esa carta en contexto, junto con la otra correspondencia del capitán, se nota que el personaje citado era un rebelde. La carta carece de valor como ejemplo.⁴

Otro ejemplo de cómo Goldhagen manipula la evidencia es el tratamiento que da al siguiente incidente: uno de los oficiales lleva a su reciente esposa a presenciar una limpieza de ghetto y una ejecución masiva, lo cual causa el enojo de muchos miembros del batallón.⁵ Incluso Trapp reprime en público esta conducta. Goldhagen dice que estas reacciones son meros “actos de caballerosidad”, surgidos de una preocupación por “la salud de la mujer” (p. 242), que estaba embarazada. Además, insinúa que las esposas “participaron” (p. 241) en las matanzas, y que sólo ocasionalmente fueron simples espectadoras. Más adelante en el libro, el autor generaliza el incidente para demostrar que los genocidas a menudo compar-

-
4. ZStL, 208 AR-Z 27/62, III, pp. 379-412. Goldhagen, además, expone mal el contenido de la carta.
 5. ZStL, 208 AR-Z 27/62 V, pp. 1031-38, F.B.; VI pp. 1359-68, F.B., VII, pp. 1493-96, H.E.; VIII c, demanda StA Hamburgo 141 Js 1957/62, pp. 430-47.

tían sus experiencias criminales con sus esposas (pp. 267, 378). Con esta generalización, que se basa en una evidencia por demás pobre, Goldhagen desecha los innumerables ejemplos que demuestran con qué rigor los perpetradores separaban su “vida doméstica” de su vida “en el Este”. Esto, dicho sea de paso, tal vez haya tenido que ver con el número tan desproporcionado de divorcios que hubo entre los perpetradores apenas finalizada la guerra.

Cuando Goldhagen no rechaza de entrada las expresiones de vergüenza y desaprobación que aparecen en las declaraciones por cuestiones metodológicas (p. 533, n.74, en relación con el Bat. de Pol. 65), las desacredita por considerarlas más expresiones de “asco visceral” (p. 541, n. 68) que verdaderos “rechazos éticos u oposiciones de principios” (p. 541. n. 68). Para apreciar lo errónea e inaceptable de esta postura, basta referirse a las declaraciones formuladas por el enfermero del Batallón 101 que, por sus funciones, no estaba obligado a disparar; es abierto y frontal en su interrogatorio. Describe con toda sinceridad lo que sintió cuando mataban a los enfermos en el hospital de un ghetto: “Fue repulsivo/asqueroso y me dio una vergüenza terrible”.⁶ Aquí cabe hacer una aclaración: hablar de “oposición de principios” puede ser atinado para referirse a la población civil alemana; sin embargo, el valor heurístico de ese mismo concepto se vuelve cuestionable cuando se lo quiere aplicar a un grupo que participó en los delitos y que, en realidad, no puede aducir ninguna “oposición”. Para conocer el trasfondo real de una declaración sincera, pronunciada en circunstancias parecidas, sería más conveniente volcarse al análisis de Browning. Browning toma las explicaciones tentativas y titubeantes de una persona que dice abiertamente lo que vio, usando términos como “cruel” [*grausam*], “liso y llano asesinato” [*glatter Mord*] o “una vergüenza a viva voz” [*ausgesprochene Schweinerei*], y que comenta con franqueza su participación en todo eso. Esta misma persona, además, describe cómo era su esquema de pensamiento en el contexto bélico y explica que jamás podría haberse cruzado por la cabeza la idea de desobedecer una orden.⁷ Incluso es posible encontrar expresiones de vergüenza y culpa mezcladas entre las confesiones. No es llamativo que Goldhagen pase por alto una declaración como la citada por Browning (Browning, pp. 67-8).

Manipulando la evidencia como lo hace Goldhagen, sería facilísimo encontrar en Ludwigsburg citas suficientes como para probar justo lo contrario de lo que él afirma.

6. “Deratig angeekelt und ich habe mich deratig geschaemt.” ZStL, 208 AR-Z 27/62, V, pp. 971-9, F.V. Ver también la versión de Goldhagen, p. 546, n. 16.

7. ZStL, 208 AR-Z 27/62, VI, pp. 1114-28, E.N.

III

Goldhagen analiza las actividades del Batallón de Policía 65 como otro ejemplo de que “los alemanes” asesinaban “sin ninguna orden ni autorización a cualquier judío que encontraran” (p. 194) porque “tenían en su seno normas establecidas, (...) una necesidad internalizada de matar judíos” (p. 193). Como prueba de ello, repasa una serie de asesinatos contenidos en el informe preparado por un fiscal alemán. Una lectura completa del informe -y no una fragmentaria, como la que hace Goldhagen- revela que las actividades del Batallón 65 fueron un reflejo fiel de la política ocupacionista alemana; sus integrantes cumplían cualquier orden que les dieran en cualquier lugar y en cualquier momento. Mataron judíos soviéticos y no judíos en Lituania y la Unión Soviética, judíos polacos y no judíos en Polonia. Deportaron judíos de Dinamarca y, al final de la guerra, en Yugoslavia del Norte, mataron yugoslavos sin distinción de religión.⁸ El informe choca con la interpretación de Goldhagen, según la cual la prioridad era matar judíos y que “cada alemán era inquisidor, juez y ejecutor” (p. 194). Las declaraciones individuales aparecen fragmentadas de la misma manera que el informe. Goldhagen cita a un testigo que cuenta cómo mataron a golpes a una persona solamente porque en sus papeles decía Abraham (p. 532, n. 54).⁹ Este incidente figura en la página 2 de la declaración; en las páginas 3 y 4, se describe con lujo de detalles cómo un oficial, con sadismo brutal, asesina a una niña -una vívida imagen de la atmósfera prevaleciente en la Unión Soviética-. Goldhagen no hace ninguna referencia a este suceso. Claro, la víctima no era judía.

Goldhagen define el exterminio que ejecutó el Batallón de Policía 309 en Bialistok en junio de 1941 como “un emblema de lo que fue el genocidio formal” (p. 191). Sostiene que los miembros del batallón, antes de entrar en la Unión Soviética, ya estaban enterados del plan de aniquilar a todos los judíos. (Desde hace varios años, la mayoría de los estudiosos del Holocausto adhiere a la tesis de que, al principio, la orden era matar a los judíos varones y a los funcionarios soviéticos y que, luego de unos dos meses, la directiva se extendió a las mujeres y los niños.) En consecuencia, cuando entraron en Bialistok, “estos alemanes pudieron descargar a gusto sobre los judíos” (p. 188) y el batallón entero se convirtió, sin que nadie se lo ordenara, en un conjunto de “*Weltanschauungskrieger*, o guerreros ideológicos instantáneos” (p. 190). Registraron todos los barrios judíos cometiendo incontables crueldades; hacinaron a los judíos en el mercado de la ciudad, y por último, metieron a parte de ellos por la fuerza en la sinagoga y los quemaron vivos.

Un examen más detallado de las declaraciones cambia este cuadro unidimensional y prueba que las conclusiones de Goldhagen carecen de fundamento. Goldhagen hace hincapié en la orden de aniquilación y critica a Browning porque no la

8. ZStL, 206 AR-Z 6/62, VIII, Einstellungsverfugung, pp. 2073-97.

9. ZStL, 206 AR-Z 6/62, III, pp. 782-5, E.L.

nombra (pp. 529-30, n. 22). Ahora bien, aunque algunos miembros del batallón aducen que la orden existió,¹⁰ otros no declaran lo mismo, y entre estos últimos figura el escribiente (Schreiber), por quien habían de pasar todas las órdenes.¹¹ Un miembro del batallón introduce cambios radicales en cada declaración que hace y sólo menciona una orden de matar a todos los judíos en la última de ellas, la única que contempla Goldhagen.¹² Esto debiera despertarle sospechas a cualquier investigador. En una lectura más detenida, se observa que los cambios de versiones obedecen a una estrategia de defensa orquestada por los principales defensores. Ni bien comenzó la investigación, los ex-miembros del batallón establecieron una comunicación intensa entre sí.¹³ Surgieron así dos estrategias de defensa concomitantes: aludir a una orden superior para escudarse tras la “necesidad militar”, y culpar al comandante, que había muerto durante la investigación. Esta hipótesis se corrobora con lo investigado sobre otros batallones de la *Polizei Regiment Mitte*, que a fines de julio de 1941 seguían matando sólo judíos varones.¹⁴

Al parecer, el incidente que describe Goldhagen es una especie de pogrom, incitado por oficiales que, siendo muy cercanos a la SS, eran fanáticos hasta el paroxismo.¹⁵ Esto lo corroboran dos reclutas, quienes dicen que los empujaron a la acción antes de que se dieran cuenta qué estaba pasando.¹⁶ Uno describe lo repugnante que fue quemar personas indefensas vivas en la sinagoga. Dado que ambos confiesan, el testimonio tiene que ser considerado de peso. En tanto que Goldhagen solamente se refiere a “los alemanes”, en este caso es posible identificar a los perpetradores uno por uno: de los catorce genocidas principales que fueron a juicio, trece eran oficiales policiales de carrera y uno provenía de la *Waffen SS*; de todos, ocho estaban afiliados al partido.¹⁷ Uno de los dos cabecillas de la compa-

10. ZStL, 205 AR-Z 20/60, V, pp. 1339 rs., A.A.; VI, p. 1416, J.B.; 202 AR 2701/65, I, pp. 95-6, H.G..

11. ZStL, 205 AR-Z 20/60, I, pp. 289-90, G.E.; ver también IV, pp. 1115-16 y IX, Demanda StA Dortmund 45 Js 21/61, p. 2303, H. Sch.; III, P. 681 y VII, p. 1926 rs.; R-J.B.; II, pp. 485-6, E.O.; II, p. 514, T.D.

12. ZStL, 205 AR-Z 20/60, III, p. 764 (1963); XII, p. 2794-95 (1965); VII, p. 1813 y ss. (1966), E.M.

13. ZStL, 205 AR-Z 20/60, I, pp. 73-7, M.R. p. 78, carta E.W., pp. 177-93; E.W., II, pp. 459-62, H. Sch.; ver también: Heiner Lichtenstein: *Himmlers gruene Helfer. Die Schutz- und Ordnungspolizei im “Dritten Reich”* (Koeln, 1990), pp. 86-8. Esto mismo sucedió en otros casos con la Policía del Orden.

14. Batallones de Policía 316 y 322, ver ZStL SA 387; veredicto L. G. Bochum 15 Ks 1/66 y SA 133; veredicto LG Freiburg 1 Ks 1/63.

15. ZStL, 205 AR-Z 20/60, V, pp. 1217-20, H.B.; II, p. 374, A.O.; II, pp. 465-73, H. Sch.; V, pp. 1343-44, J.O.; SA 214, veredicto LG Wuppertal 12 Ks 1/67, pp. 60-5.

16. ZStL, 205 AR-Z 20/60, III, pp. 788-92, R.I. y V, pp. 1280-84, W.L.; IX, pp. 2327-33, demanda StA Dortmund 45 Js 21/61.

17. ZStL, 205 AR-Z 20/60, IX, demanda StA Dortmund 45 Js 21/61; SA 214, veredicto LG Wuppertal 12 Ks 1/61 p. 8, ad R-J.B..

ña había militado en grupos de derecha como *Freikorps* tras la Primera Guerra, y el otro había sido miembro de la SS en 1933. Cuesta encasillarlos como “alemanes corrientes”.

Goldhagen, al referir cómo se tomaban las decisiones durante el Holocausto, se expone a sí mismo como el mejor ejemplo de lo malo que es sacar conclusiones sin adoptar un enfoque comparativo. Es evidente que él, al evadir esta clase de enfoque, está desoyendo sus propias advertencias sobre el uso poco crítico de las fuentes, ya que olvida su animadversión hacia los descargos exculpatórios toda vez que éstos le sirven a su argumentación. Como se mencionara con anterioridad, Goldhagen apoya la vieja postura según la cual los comandos especiales (*Einsatzgruppen*) recibieron la orden de aniquilación general antes de partir. Pero su argumentación no está al nivel de las teorías internacionales actuales sobre el tema. Basa su opinión, sobre todo, en dos declaraciones que considera “evidencias concluyentes” (p. 153): las de los comandantes de los *Einsatzkommandos* Blume (p. 149) y Filbert (p. 149). Blume fue juzgado en Nuremberg y se integró a la estrategia defensiva armada por Otto Ohlendorf, que consistía en probar una supuesta orden de Hitler previa a los asesinatos. Lo que buscaban los nazis con esa táctica era plantear una defensa que los excusara, dadas las órdenes del alto mando. Alfred Streim demostró la existencia de tal estrategia tras un arduo y detallado análisis de varias declaraciones disponibles. Asimismo demostró cómo una misma persona es capaz de cambiar sustancialmente sus declaraciones con el tiempo. Blume y Filbert son ejemplos de ello.¹⁸ Goldhagen, en su análisis, acepta la argucia de Ohlendorf sin el menor cuestionamiento; ocurre que, como tesis en la facultad, el autor presentó una monografía sobre Ohlendorf. Goldhagen tiene el hábito de considerar inadecuado lo que escriben los estudiosos más respetados, pero no deja de remitirse a su monografía una y otra vez (p. 583, n. 45). El ejemplo más expresivo de este uso poco crítico de las fuentes, es lo que él anuncia como “quizá el testimonio más significativo y esclarecedor que se haya obtenido después de la Guerra” (p. 393). Este viene a confirmar, de acuerdo con Goldhagen, que la motivación genuina de los perpetradores era el “odio demonológico” hacia todos los judíos. Goldhagen se está refiriendo a un testimonio pronunciado en Nuremberg por R. Maurach en defensa de Ohlendorf. De nuevo, dados los crímenes cometidos por el *Einsatzgruppe D*, la mejor táctica de defensa que les quedaba era alegar órdenes de superiores y convicciones ideológicas sinceras. Sin embargo, tal defensa, que en Nuremberg no prospera, no es considerada prueba suficiente; siendo que es la única defensa alegada, “no nos queda más remedio que aceptarla” (p. 583, n. 46). En general, pareciera que a Goldhagen le cuesta entender que los perpetradores no tienen por qué ser sinceros cuando dicen que lo que los motivó fue la propaganda nazi; lo que afirman bien puede ser un subterfu-

18. Alfred Streim, *Die Behandlung sowjetischer Kriegsgefangener im Fall "Barbarossa"*, (Heidelberg, 1981); Alfred Streim, *The task of the SS Einsatzgruppen*, tomo 4; Alfred Streim, *Reply to Helmut Krausnick*, tomo 6, ambos: Simon Wiesenthal Center Annual.

gio o un intento, bastante plausible, de exculparse por el lado psicológico. Lo que hacen, en suma, es buscar la faceta "idealista" a los delitos perpetrados.

IV

En términos generales, al describir las actividades de estos batallones de policía, Goldhagen desconoce por completo que éstos estaban en una guerra y se movían en un territorio ocupado, y que, cuando salieron rumbo a la Unión Soviética, algunas de las unidades ya venían cometiendo matanzas desde hacía un tiempo en Polonia y en otras zonas. Con los ejemplos cae en la misma desatención.¹⁹ Omite enteramente el contexto fáctico, social e histórico que rodeaba a esos policías. Todo cuerpo de policía tiene una cultura específica que se pone de manifiesto en los ambientes paramilitares. Goldhagen se olvida de esto, por ejemplo, cuando fustiga a Browning por aceptar la explicación de los perpetradores, según la cual ellos acataban las órdenes de disparar para no pasar por cobardes. Desestima enteramente la escala de valores y la idea de hombría que prevalecía en esos ambientes particulares en el momento. Quizás suene perturbador que alguien dispare a niños porque no quiere aparecer como "blando", como se expresa en una de las declaraciones, pero esas actitudes captan, de algún modo, la atmósfera de la época.²⁰ Goldhagen ignora asimismo la estructura de acciones permisibles delineada por la guerra y la ocupación. Transforma imperceptiblemente la no desobediencia en asesinato voluntario de judíos. Claro que los hubo, y hay evidencias de ello, pero no en los casos referidos por Goldhagen.

La gran falla de Goldhagen con respecto a la Policía del Orden es su análisis fuera del contexto histórico e institucional. En la primera descripción de ese cuerpo, citada con anterioridad, dice que los batallones "están identificados hasta la médula con el genocidio" (p. 181) ¿Cómo va a dar eso por supuesto? Habría sido más correcto argumentar tal concepto sobre las unidades menores de la Policía del Orden, que estaban estacionadas por todo el Este ocupado. Estas sí estuvieron involucradas en la conformación de ghettos, la explotación y la prolongada masacre final de judíos. Hasta es posible que hayan conocido a las víctimas; presenciaron cada etapa del Holocausto. En cambio las unidades móviles, como los batallones de policía, iban sólo esporádicamente a cometer matanzas a alguna región. Ahora bien, ¿por qué Goldhagen no eligió las unidades menores? Si hubiera tomado como ejemplo ilustrativo las unidades de policía fijas, se habría quedado sin hipótesis.

En la Segunda Guerra Mundial, la Policía del Orden creció enormemente. La falta de efectivos alemanes complicaba la vigilancia del Este ocupado. Hubo que

19. Por ejemplo, el Batallón 309; ver ZStL, 205 AR-Z 20/60, II, pp. 462-4, H. Sch. y pp. 482-4, E.O.

20. Ed. E. Klee, W. Dressen, V. Riess, *Schene Zeiten* (Frankfurt, 1988), pp. 81-3.

tomar gran cantidad de fuerzas policíacas no alemanas. La proporción de alemanes con respecto a los no alemanes variaba entre uno por cada diez y uno por cada cincuenta; en algunos lugares, era menor todavía. La mayoría de los alemanes se incorporaban a la estructura organizativa de la Policía del Orden. En la práctica, esa dispersión de recursos limitados implicaba que, en cualquier puesto rural, habría habido unos pocos policías alemanes y muchos no alemanes. Todos por igual participaron en la persecución de judíos. Goldhagen tendría que haberse referido a las diferencias entre las conductas de unos y otros. Y la misma pregunta se tendría que haber hecho con respecto a los batallones de policía mismos. Porque había *Schutzmannschaften* que estaban formados por efectivos no alemanes y tenían las mismas funciones que las unidades alemanas. Por ejemplo, al Batallón de Policía 11, que Goldhagen trae a colación para relatar sus actividades criminales de Bielorrusia, del otoño de 1941 (p. 271), se sumó el *Schutzmannschaftsbatallion 2/12*, integrado por voluntarios lituanos.²¹ Los alemanes y los lituanos se turnaban para las matanzas -dos compañías salían a disparar y las otras dos se quedaban de guardia-. Varias nociones del tipo que Goldhagen habitualmente acepta (aunque más valdría tener cierta reserva con semejantes proposiciones acusadoras) acusan a los lituanos de ser particularmente sanguinarios.²² ¿Significa entonces que la teoría del autor en relación con los modelos cognoscitivos de la cultura antisemita eliminacionista alemana también se aplica a la lituana?

V

La segunda base empírica de la argumentación de Goldhagen es la utilización de judíos como mano de obra forzada. Goldhagen considera que la parte del libro en que se trata el tema es "la prueba de fuego" para su hipótesis (p. 465). Allí estudia las condiciones de los judíos en los campos de labor y toma en concreto dos campos lublinenses: el campo de Lipowa y el campo "Flughafen". Describe hasta el detalle las terribles crueldades y torturas a que estaban sujetos los internos. Goldhagen entiende que la irracionalidad económica de esta situación es un elemento concluyente. "¿Por qué los alemanes hacían trabajar a los judíos?" (p. 283), se pregunta. "¿Por qué no simplemente los mataban?" (p. 283). Su respuesta es que "el modelo cognoscitivo" (p. 285) "arraigado en la cultura alemana" (p. 320) no concebía que debiera haber motivos racionales para el trabajo judío, pues le asignaba a éste una "dimensión simbólica y moral" (p. 285). La visión hitleriana, a saber, que los judíos son "haraganes" y "parásitos", se presenta aquí como "la opinión unánime de Alemania". Esta postura colectiva, "eco de la postura de Hitler" (p.

21. ZStL, SA 119, demanda StA Kassel 31 Js 27/60, pp. 14-17; informe de las investigaciones sobre los criminales de guerra en Australia, compilado por el Attorney-General's Department, Canberra (1993), pp. 124-9.

22. StA Kassel 3a Ks 1/61. F. W.; E. B.

285), se correspondía con el deseo de ver a los judíos sufrir. “Era una satisfacción emocional para los alemanes” hacer trabajar a los judíos (p. 284). Gozaban con la “producción de miseria judía” (p. 320), aún si fuera contraproducente. “El ‘trabajo’ judío no era trabajo (...) era una forma suspendida de muerte. En otras palabras, era la misma muerte.” (p. 323).

Aunque no carece de un cierto potencial explicatorio, la idea de ver el trabajo como modo de infligir un sufrimiento gratuito sobre una población ya condenada se derrumba allí donde Goldhagen quiere ejemplificarla. Los campos de labor que describe funcionaron entre 1942 y 1943. Para esa época, ya hacía dos años que estaba en marcha el genocidio, entendido éste como el plan global para exterminar a la población judía de Europa. La idea de poner a los judíos a trabajar no había surgido como un cambio de planes; era una política aledaña tendiente a sacar el mayor provecho posible de las víctimas antes de matarlas. Todo esto aparece muy detallado en la fuente más importante de Goldhagen, el informe del fiscal.²³ Con todo, el plan general, inmutable, siempre contempló la destrucción final. Por eso no tiene sentido comparar los campos de trabajo lublinenses con los programas de esclavización. Estos últimos, aplicados a polacos o soviéticos, apuntaban nada más que a usar la capacidad laboral de los prisioneros, así fuera en las condiciones más deplorables. Estas variaban, sobre todo en las granjas alemanas, donde a veces los prisioneros no eran tan maltratados. Es ilógico querer probar la teoría de Goldhagen -que los alemanes sólo torturaban judíos- a través del hecho de que los granjeros alemanes eran más o menos decentes con sus trabajadores polacos y, en cambio, los guardias de los campos de concentración maltrataban a los judíos (pp. 313 y ss.). Más viable sería comparar la situación de los trabajadores forzados eslavos con la de los judíos que, entre 1942 y 1943, seguían dentro de la órbita alemana.²⁴ Para justificar su afirmación de que “los alemanes eran, con los trabajadores judíos, criminales y crueles, pero criminales y crueles de modos sólo reservados para ellos” (p. 315), Goldhagen ofrece una imagen demasiado benigna de cómo vivían los trabajadores forzados eslavos (p. 314). No comenta, por ejemplo, que a las mujeres rusas las hacían abortar o que, si las encontraban embarazadas, las asesinaban, incluso si el embarazo había sido producto de una violación. Tampoco repara en que los alemanes mataron de hambre a millones de prisioneros de guerra soviéticos para luego darse cuenta de que se habían quedado sin mano de obra suficiente. Estos y otros ejemplos no son un buen respaldo para la tesis de que los alemanes se regían por la racionalidad económica con todos sus prisioneros menos con los judíos.

Lo más adecuado para entender cómo se vivía en los campos de Lublin sería compararlos con otros campos de concentración. Lo que dice Goldhagen de aquellos era moneda corriente en todos los campos de concentración (éstos ya exis-

23. ZStL, 208 AR-Z 74/60, LIV. También existen fuentes secundarias.

24. Descripta en detalle en: Victor Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten* (Berlín, 1995), II, pp. 21-48.

tían desde 1933, antes de que se impusiera la política nazi de matar a cualquier persona por el solo hecho de ser judía, y funcionaban incluso con prescindencia de dicha política). En todos eran cotidianas las listas interminables de gente que entretanto moría sofocada, por el calor o frío excesivos, los castigos crueles, las ejecuciones públicas en la horca, los trabajos fútiles impuestos al solo efecto de extenuar a las víctimas, las supuestas medicinas que en realidad aceleraban la muerte y el sinnúmero de humillaciones y torturas que los guardias infligían arbitrariamente. Lo que hacían, según Goldhagen, los “alemanes corrientes de los campos” (p. 307) a “los judíos, y sólo por ser judíos” (p. 313) es lo que en realidad hacían los “guardias” a los “internos en general”. Por supuesto, la conducta de los guardias reflejaba el odio a los judíos, que era central al pensamiento nazi, pero también el odio hacia muchísimos otros grupos. Los judíos sufrían las crueldades de los guardias muy a menudo, pero también las sufrían los homosexuales, los que usaban anteojos, los intelectuales, los que tenían alguna incapacidad, los obesos o los que de algún modo trataban de resistirse.

El comandante del *Flughafenlager* entre 1942 y 1943 fue Christian Wirth; la mayoría de los guardias eran sus hombres. Wirth, que empezó como oficial policial de carrera, fue, entre 1939 y 1940 uno de los impulsores del programa “Eutanasia”, que consistía en asesinar a las personas con patologías mentales. Después se instaló en el distrito de Lublin, donde ayudó a construir campos de exterminio. Wirth era experto en la ejecución con gas. Decir que Christian Wirth y sus subordinados eran “los alemanes corrientes de los campos” (p. 307) es engañoso, como lo es también definir a los guardias que había en el campo “Lipowa” como “un grupo en nada fuera de lo común” (p. 299): tres cuartos de ellos eran miembros de la SS adiestrados para tareas de campo.²⁵ Contrastando con este grupo, había unas quince personas dependientes de la compañía SS que tenía a su cargo la producción en el campo; a estas personas, todas las víctimas las calificaron como inofensivas en términos generales.²⁶ A Goldhagen no puede habersele escapado una yuxtaposición tan reveladora: empieza a citar el informe del fiscal desde la mitad de la página, justo después de donde figuran esos datos. ¿Cómo encaja esto con su afirmación de que “por los testimonios de posguerra (...) no se notaba ninguna diferencia, ya fuera en la actitud o en el modo de actuar, entre los que eran miembros del partido o la SS y los que no” (p. 274)?

Resta una aclaración sobre la forma en que describe Goldhagen los campos de concentración lublinenses. Recurre demasiado a un lenguaje casi malicioso para comentar hechos que de por sí ya son terribles, tal vez intentando tomar distancia desde el sarcasmo. Es de lo más indigno. El lector concluirá solo si asesinar a cuarenta mil personas en unos días es un crimen monstruoso, o si el nombre clave “Festival por la Cosecha de la Acción” es un burdo disfraz; no necesita que el au-

25. ZStL, 208 AR-Z 74/60, XLVI, pp. 8400-12, Aktenvermerk.

26. ZStL, 208 AR-Z 74/60, XLVI, pp. 8441-42, Aktenvermerk.

tor le aclare que la frase ilustra “la ironía típica de los alemanes” (p. 291). Y eso por nombrar sólo un caso.

Un último ejemplo, tomado del Campo de Helmbrechts, donde había guardias varones y mujeres. Se informó que entre los guardias había sexo. Goldhagen concluye lo siguiente sobre esa “comunidad en la crueldad” (p. 338): “Los alemanes hacían el amor en los cuarteles, a un paso de donde reinaba la privación y la crueldad era incesante. ¿De qué hablaban con sus cabezas juntas en la almohada y el cigarrillo en la boca, en esos momentos de relajación, después de haber satisfecho sus necesidades físicas? ¿Se contarían divertidos cómo habían golpeado o visto golpear a alguien? ¿O a lo mejor ella le explicaría a él cómo, apaleando judíos, una sana adrenalina le infundía fuerzas y le hacía latir energía por todo el cuerpo?” (p. 339).

VI

El tercer elemento empírico tratado en el libro son las “marchas de la muerte”. Se describe con detenimiento una marcha iniciada en el Campo de Helmbrechts. Habían hecho avanzar a pie por la frontera entre Alemania y Checoslovaquia a un grupo de mujeres judías escoltado por guardias de ambos sexos. Goldhagen no da ningún marco contextual para ese suceso; directamente relata los hechos con un estilo narrativo. Las condiciones de la marcha fueron terribles, tal como eran las del campo. Las mujeres ya venían esqueléticas y casi muertas de hambre, pero aun así los guardias les negaban comida y refugio y las hacían continuar a toda costa. A varias las asesinaron durante la marcha. Incluso cuando Himmler había dado la orden explícita de no matar, los guardias seguían ejecutándolas.

Tomando algunos ejemplos más del mismo estilo, Goldhagen llega a la siguiente generalización: esa conducta extremadamente cruel e irracional que los “alemanes corrientes” tenían solamente para con los judíos prueba el odio demonológico y perenne que los “alemanes” sentían hacia los “judíos”. “Ya hacia el final de la marcha, aquellos alemanes corrientes acribillaron a las judías con toda su voluntad, toda su fe y todo su enardecimiento.” (p. 371). Goldhagen sostiene que, en esos casos, la conducta de los alemanes era el colmo de la irracionalidad, porque Alemania ya había perdido la guerra. Postula, entonces, que lo único razonable hubiese sido cambiar la conducta y que, si los alemanes prosiguieron con las matanzas fue porque se guiaban por impulsos irracionales profundos.

La versión de Goldhagen referente las marchas de la muerte está distorsionada en extremo. Si vamos a las fuentes secundarias citadas por él, enseguida encontramos varios hechos que contradicen la imagen que el autor brinda. Krakowski, por ejemplo, refiere que en las marchas de la muerte había internos judíos y no judíos, e incluso cuantifica cada grupo con porcentajes precisos. Entre marzo y abril de 1945, cuando se emprendió la marcha de Helmbrechts, Krakowski estima que obligaron a partir a unos 250.000 prisioneros, un tercio de los cuales eran ju-

díos.²⁷ Otros ejemplos, no mencionados por Goldhagen, demuestran que las condiciones eran parecidas en todas las marchas, incluso en aquellas integradas solamente por internos no judíos.²⁸

Si uno recurre a otras investigaciones sobre las marchas de la muerte, observa que la personalidad de los guardias era mucho más variada de lo que dice Goldhagen. Es posible encontrar ejemplos casi de cualquier actitud, desde la crueldad más extrema hasta lo que podría considerarse lo contrario y, hasta cierto punto, de ambas actitudes en coexistencia.²⁹ En términos individuales, cada guardia se portaba a su manera, según el grado de identificación con la conducta del campo. Esas, por lo que se informó, eran las condiciones en la marcha de Helmbrechts; pero Goldhagen no las puntualiza.³⁰ La misma diversidad de conductas se observaba en la población civil. Al parecer, durante la marcha de Helmbrechts, los civiles tuvieron una actitud de apoyo hacia las víctimas; muchos les ofrecían techo y comida, aunque los guardias impedían y frustraban todo intento de ayuda.³¹ También se daba el caso antagónico: aquellos que, con animosidad y violencia, se descargaban sobre los pobres caminantes desolados.³²

Lo que dice Goldhagen, que, ante una derrota inminente, lo más racional habría sido soltar a los prisioneros o tratarlos mejor, se vuelve todavía más irrelevante en el marco de un enfoque comparativo. Sobran ejemplos, entre el vasto material que hay sobre los delitos cometidos en las últimas semanas de la guerra,³³ de policías y miembros de la SS y el ejército alemán que arremetieron en forma rabiosa y destructiva no contra la población judía solamente, sino contra los alemanes mismos, es decir, contra todo aquél que mostrara signos de "derrotismo". La reacción de Hitler ante su segura caída fue el deseo de ver a la población alemana destruida. En esos momentos de caos y destrucción, pareciera que la conducta humana no se ajustó a lo que, para Goldhagen, habría sido la única alternativa "racional".

27. Shmuel Krakoski, "The death marches in the period of the evacuation of the camps", en: *The Nazi concentration camps* (Yad Vashem, 1984), p. 482; Krakowski, "Death marches", en *Encyclopedia of the Holocaust*.

28. Nótese, por ejemplo, la marcha de la muerte emprendida desde Wiener-Neudorf, en la que no había ningún judío; Bertrand Perz, *Der Todesmarsch from Wiener Neudorf nach Mauthausen. Eine Dokumentation*, en: *DOW Jahrbuch 1989*, pp. 117-37.

29. Perz, *Der Todesmarsch*, pp. 117-137.

30. ZStL, SA 343, veredicto LG Hof Ks 7/68, p. 82; ver también pp. 58-9 y 210.

31. ZStL, SA 343, veredicto LG Hof Ks 7/68, pp. 57-9, 82-3, 194-5 y 210.

32. Para ejemplos de ambos comportamientos ver: Solly Ganor, "Der Todesmarsch", en: *Dachauer Hefte*, 11, 1995; Peter Sturm: "Evakuierung", en *Dachauer Hefte* 11, 1995; Veredicto LG Marburg 6 Ks 1/68, ZStL, SA 386; Demanda StA Hannover 11 Js 5/73, ZStL, SA 503, Veredicto LG Hannover 11 Ks 1/77, ZStL, SA 503.

33. Material publicado, por ejemplo, en la edición de veredictos alemanes de Rueters, y en muchos trabajos editados.

VII

Hasta aquí, una mirada atenta a las pruebas manejadas por Goldhagen nos mostró con qué arbitrariedad fueron interpretadas sus fuentes. En un nivel más amplio, la mayor desventaja del libro es que Goldhagen se apoya en una porción muy pequeña de todas las investigaciones y fuentes que hay. Toma los fragmentos que él elige y los expone inflados y desproporcionados. De estas distorsiones salen las generalizaciones burdas, que muestran la realidad ampliada como por un espejo deformado. Si Goldhagen hubiera usado una base de evidencias más amplia, utilizando el método comparativo, habría expuesto una imagen más veraz sobre el tema. En la última parte del libro, hay un párrafo titulado "Una perspectiva comparativa" (p. 406). Termina por no comparar nada, porque Goldhagen, con sus argumentaciones y su lógica, se escabulle del tema central. Comienza con una pregunta: ¿Se puede concebir un holocausto perpetrado por daneses o italianos? Es una pregunta retórica capciosa porque se trata justamente de los dos grupos más reconocidos en cuanto a su no participación en el genocidio. Entonces, ¿por qué la realiza? Si los daneses no integraban ninguna de las unidades que practican ejecuciones masivas, ¿cómo va a proponerlos como punto de comparación?

La teoría de las motivaciones que postula Goldhagen falla por la falta de comparación entre los perpetradores alemanes y los no alemanes. Como ya se expresó, los no alemanes cumplieron un papel fundamental en el control policíaco de Europa Oriental y, eso implicaba, en el contexto del ocupacionismo alemán, ser partícipe de delitos. ¿Diferían los comportamientos de alemanes y no alemanes? Y en tal caso, ¿en qué se diferenciaban? Con los puestos y las fuerzas de Europa Oriental la comparación habría sido sencilla, pues unos y otros trabajaban codo a codo. Con las policías colaboracionistas, como la francesa, o con fuerzas aliadas, como las policías croata o húngara, el cotejo tiene tal vez mayor complejidad.

Un grupo de no alemanes que encarna con exactitud la imagen que Goldhagen quiere dar de los alemanes es el *Arajs Kommando*. Este grupo letón, que llevaba el nombre de su conductor, Viktor Arajs, estaba formado casi en su totalidad por estudiantes o ex-oficiales de la armada con ideología de derecha. Pasados unos días de la llegada a Riga de las fuerzas alemanas, Arajs se puso en contacto con Stahlecker, el cabecilla del Einsatzgruppe A, y le ofreció sus servicios. Durante los meses siguientes, su grupo, conocido oficialmente como la "Policía Auxiliar de Seguridad Letona" no hizo más que matar judíos. Actuaron en Riga e incursionaron en toda Letonia; partes del grupo fueron después enviadas a Bielorrusia. Los guardias de los campos letones pertenecían al Comando Arajs. Las masacres que cometían eran atroces: se emborrachaban, se paseaban literalmente empantanados entre la sangre, y concluían con grandes celebraciones. Algunos judíos sobrevivientes han descrito las terribles condiciones bajo las que vivían, en los sótanos de los cuarteles. Los torturaban, martirizaban y violaban. Todos los integrantes del Comando Arajs eran voluntarios. Podían irse cuando quisiesen. Goldhagen se desentiende con evasivas a la hora de responder por los perpetradores no alema-

nes: "Los alemanes habían vencido, reprimido y deshumanizado a los ucranianos. Además, los ucranianos soportaban una presión que los alemanes no tenían." (pp. 408-9). Acota luego que "los alemanes tuvieron en general una postura draconiana para con sus subordinados de Europa Oriental". (p. 409). Aparte del tufillo a revisionismo clásico, estas presunciones ciertamente no se aplican al Comando Arajs. Todas las pautas de comportamiento "típicas de los alemanes", como "la cólera y la sed de venganza que desataron la crueldad sin precedentes" (p. 414) estaban presentes también en aquel comando. ¿Cómo encaja esto en el marco explicatorio de Goldhagen?

El Comando Arajs es, indudablemente, un caso extremo, pero de ninguna manera aislado. Hay muchos ejemplos similares. En los campos soviéticos, el personal alemán era mínimo. Por ejemplo, en el campo bielorruso de Koldyczewo, al norte de Baronovitchi, había un solo alemán;³⁴ el resto de los guardias eran no alemanes. El campo funcionaba igual que todos los demás campos; allí torturaban y hacían morir trabajando a los prisioneros, y perpetraban grandes ejecuciones masivas. En territorio soviético, muchos campos funcionaban sin personal alemán de ningún tipo y casi sin supervisión alguna. ¿Cómo se empalma esto con la noción de que "el sistema de campos" era "la institución emblemática de la sociedad alemana" (p. 459)? ¿Cómo con el supuesto anhelo de "una Europa germánica, que habría de ser en esencia un campo de concentración gigantesco, custodiado por el pueblo alemán" (p. 459)?

Antes de que se malinterprete la idea, digamos que es cierto que todo lo anterior se había originado en políticas alemanas. Por ejemplo, en Koldyczewo respondían a la Policía de Seguridad que estaba en Baronovitchi. Comparar a los perpetradores alemanes con los no alemanes no exime a Alemania en absoluto de la responsabilidad general por la Segunda Guerra Mundial y por el Holocausto. Pero sí sirve y mucho para enfocar el tema de las motivaciones individuales y sus causas primeras.

La actitud de Goldhagen de no someter su teoría a una prueba comparativa es conciente. Aún cuando, por las notas al pie, es evidente que está familiarizado con las investigaciones sobre el Comando Arajs y con otros elementos igual de reveladores, no alude a ellos en ningún momento. Descarta las comparaciones por irrelevantes, ya que, en todo caso, los alemanes fueron los "perpetradores indispensables y centrales del Holocausto". Mediante esta táctica, se da vía libre para analizar las motivaciones de los perpetradores alemanes obviando todo tipo de comparaciones. Es que cualquier comparación revelaría lo falso de sus conclusiones y, por ende, lo desautorizaría para afirmar que el Holocausto fue ante todo un producto de la tipología nacional alemana. Como broche, Goldhagen postula que cualquier investigación a emprender sobre la conducta de los no alemanes, si se emprendiera tal tarea, sólo serviría para esclarecer las acciones de los alemanes, porque sólo ellos fueron los "verdaderos instigadores" (p. 409). Según él, semejan-

34. ZSt Dortmund 45 Js 19/6, ZStL, 202 AR-Z 94/59.

te investigación no modificaría sus conclusiones. Queda su teoría cerrada en un círculo immaculado.

Sin dudas Alemania tuvo la culpa del Holocausto y sin dudas Viktor Aarjás fue genocida sólo porque Alemania concibió un plan general para aniquilar a la población judía de Letonia. No obstante ello, en el análisis del Batallón de Policía 101 y en otros ejemplos del libro, salta a la vista que Goldhagen procede con negligencia, lo que lo lleva a sacar conclusiones falsas. Aún quienes después fueron guardias en los campos de concentración hubiesen seguido con sus trabajos cotidianos si el régimen nazi no hubiera construido los campos. De todas las personas mencionadas en este texto, nadie hacía política en sentido estricto; todos, al menos en un principio, respondían a una situación política ya dada. El tema de la responsabilidad moral y política a nivel general, la cual pertenece a Alemania, no es relevante a la hora de investigar las respuestas personales de los perpetradores.

VIII

Visto el uso tendencioso y limitado que hace Goldhagen de los fuentes archivadas, poco sorprende su arbitrariedad con respecto a la elección de las fuentes secundarias. Esto se nota al comienzo del libro, en donde se reseña la historia alemana desde la Edad Media hasta la Segunda Guerra Mundial. Esta parte se basa por completo en fuentes secundarias. Como los hechos más salientes de la historia alemana son bastante conocidos, no vale la pena demorarse demasiado en esta sección del libro. Basta con decir que Goldhagen inserta su era "pre-Holocausto" (p. 70) en una burbuja, cerrada a toda contextualización histórica y a todo marco comparativo. Postula una continuidad ininterrumpida desde el antijudaísmo de las iglesias cristianas medievales hasta el antisemitismo racial de los siglos diecinueve y veinte, el cual estuvo signado por una concepción de lo judío como "lo contrario de lo alemán" (p. 55). Así, la historia alemana aparece como la eterna lucha de alemanes contra judíos, cualquiera fuera el contexto. Cuando los nazis "fueron elegidos para ocupar el poder" (*¡sic!*) (p. 419), se cumplió el fin teleológico de la historia alemana. Huelga decir que, para respaldar semejante postura, Goldhagen manipula bastante sus fuentes secundarias.

Goldhagen saca al movimiento nazi de todo contexto político y pasa por alto el hecho de que tal régimen fue un sistema represor desde el comienzo. No se aclara en ningún lado que el nazi era un partido de derecha que promovía ideas derechistas y reaccionarias (algunas de las cuales siguen vigentes hasta hoy en los movimientos de derecha). En efecto, menospreciar los factores políticos sirve a Goldhagen para pronunciar cosas como "(...) la revolución nazi alemana fue, en rasgos generales, consensuada, (...) una revolución pacífica, (...) más allá de que en los primeros años se reprimió a la izquierda política" (p. 456). Esto beatifica el régimen nazi hasta la incomodidad.

Qué tan extendido y arraigado estuvo el antisemitismo, hasta qué punto apoyó la población alemana las medidas antisemitas de los nazis y cómo influyó, a cien-

cia cierta, la persecución de judíos en la popularidad de Hitler y el partido nazi son cuestiones realmente importantes. No están resueltas. Goldhagen no contribuye en nada con el debate.

IX

El libro de Goldhagen no sigue el curso que le dictan sus fuentes, ni las primarias ni las secundarias; no permite que las declaraciones de los testigos hablen por sí mismas. El material de consulta lo utiliza para amalgamar su teoría ya concebida de antemano. El libro se mueve según la prosa del autor y sólo analizando esta prosa y su estilo en general argumentativo, es posible comprender la obra. La verborragia y la repetitividad son sus rasgos más salientes.

X

Goldhagen utiliza varias técnicas para transformar sus presunciones en lo que él llama "verdades inexpugnables". Sobran ejemplos de estas prácticas, sobre todo en los capítulos introductorios y en los de cierre. Algunas de ellas se deben examinar con detenimiento. Una de las técnicas que utiliza Goldhagen consiste en tomar un hecho solitario para sustentar una generalización totalizadora. Véase por caso una carta de protesta del pastor Hochstaedter, a la que Goldhagen describe como "singular por donde se la mire" (p. 433), "una chispa diminuta y efímera de razón y humanidad (...) centelleando invisible (...) en la vasta oscuridad antisemita que cubría Alemania" (p. 434). El autor dice que esta carta le sirve para "poner de relieve" (esta es una de sus expresiones favoritas) la actitud de las iglesias cristianas en general, las que en ningún momento se opusieron al "feroz antisemitismo nazi" (p. 435). Las iglesias de por sí eran antisemitas eliminacionistas. Basándose en otro documento solitario sacado por completo de contexto,³⁵ el autor extrae sin sustentos firmes la conclusión de que las cúpulas eclesiásticas habían dado "el imprimátur al genocidio" (p. 433).

Una segunda técnica que usa Goldhagen consiste en imponer una forma determinada de razonamiento como puro sentido común y, por ende, postularla como la única explicación lógica de algo. Para Goldhagen es "psicológicamente imposible" (p. 440) que "el pueblo alemán" haya sentido "indiferencia" (p. 439) por el destino de los judíos, "porque todo el mundo tiende a escapar de las escenas que le resultan horribles, injustas o peligrosas" (p. 440). Y dado que en el "Pogrom de Noviembre" parte de la población alemana "observó curiosa" como quemaban las sinagogas (p. 440) -el adjetivo "curiosa" lo agrega el autor-, los alemanes, más que indiferentes, se revelaban despiadados (p. 440).

35. Ver *Kirchliches Jahrbuch für die Evangelische Kirche in Deutschland, 1933-1944* (Ghetersloh, 1948)

Una tercera técnica es manipular las interpretaciones de otros académicos para después contrastarlas con sus propias argumentaciones. Esto quedó demostrado con varios ejemplos anteriores. Es bastante clarificador, como modelo de este procedimiento, el momento en que Goldhagen analiza y confronta lo que él denomina las “explicaciones convencionales”: según el autor, una de estas explicaciones dice que “los alemanes en principio se oponían (...) al programa genocida” (p. 385). Las hipótesis de Raul Hilberg serían “un ejemplo de tales explicaciones” (p. 385), porque se detienen a pensar cómo hizo la burocracia alemana para superar sus escrúpulos morales (p. 385). Tras acusarlo de hereje por asumir que, de hecho, “la burocracia alemana tenía por naturaleza escrúpulos morales” (p. 385), Goldhagen arremete contra su análisis, diciendo que “las explicaciones armadas de ese modo no nos contestan por qué los alemanes se ofrecieron como voluntarios para las misiones asesinas” (p. 385); evidentemente, esto ya no tiene nada que ver con las ideas centrales de Hilberg.

Otra táctica que usa Goldhagen con frecuencia es la de omitir los contextos y otras evidencias que pudiesen jaquear sus postulados. Menciona las celebraciones que se practicaban al terminar las matanzas, como en Chelmno o Stanislawo, o al alcanzar determinadas metas del programa de exterminio, como sucedió en Lublin con la víctima número 50.000, [hecho que “alegró y divirtió a los ‘alemanes’, quienes se regocijaron con el genocidio de los judíos” (p. 453)]. No aclara que en las instituciones del programa “Eutanasia” también se celebraban fiestas así; tal fue el caso de Hadamar, donde se festejó el cadáver número 10.000,³⁶ o el de Grafeneck.³⁷ Las víctimas del programa “Eutanasia” eran casi todas alemanas. Podría decirse, como explicación de estas conductas, que quienes integraban los cuerpos de matanza eran cada vez más salvajes. Goldhagen echa mano a “la alteración de valores que se dio en la Alemania nazi, debido a la cual los alemanes corrientes consideraban el hecho de matar judíos como una obra de bien para la humanidad”. (pp. 452-3). Sin embargo, este paso que da Goldhagen no tiene ningún asidero en la evidencia disponible. El colmo de la tergiversación se presenta cuando Goldhagen describe el banquete de Cesis, en Letonia: “Al masacrar a los judíos de Cesis, la policía de seguridad alemana local, junto con los milicianos alemanes, preparó una cena que llamó ‘el banquete de la muerte’³⁸; se juntaron para comer y beber por los judíos que habían asesinado” (p. 453). Goldhagen no menciona que, sentados a la misma mesa, junto con los alemanes, había letones. Tampoco menciona que, en medio de los festejos, un policía letón propuso hacer tiro al blanco con judíos, cosa que desagradó a los oficiales alemanes.³⁹

36. ZStL, 439 AR 1261/68, Sonderband 19, S. 2878-79, I.Sch.

37. Ernst Klee, *Dokumente zur 'Euthanasie'*, (Frankfurt, 1985), p. 119, ZStL, Anlageband 13 AB 179/65, Vernehmungsprotokolle GStA FFM Js 8/61 u. Js 7/63, G.S.

38. “totenmahl”.

39. ZStL, 207 AR-Z 22/70, Sonder bande II, V.L. y III, R.K.; StA Luebeck 2 Js 394/70.

Por último, hasta es posible encontrar transcripciones descaradamente falsas de textos originales, como ocurre con unos versos que escribió un oficial del Batallón de Policía 9, más tarde unido al *Einatzkommando* 11a. Goldhagen dice que, para diversión de todos, ese oficial “poetizó en sus versos una referencia a ‘los golpes que rompen cabezas’, golpes que sin duda todos ellos habían dado con placer a sus víctimas judías” (p. 453). Estas palabras, que sí están en un poema antisemita de mal gusto, hablan, con todo, de “romper nueces”.⁴⁰

XI

El de “los alemanes corrientes” es un concepto clave en el libro de Goldhagen. La idea tiene un fundamento empírico precario; para justificarla, Goldhagen evalúa el contexto social de donde provenían los miembros del Batallón de Policía 101 y concluye que la estratificación del batallón no difería de la que se daba en la sociedad alemana toda. Como ya se mencionó antes, esta igualación es cuestionable, porque no considera el contexto histórico e institucional concreto de la época. Para examinar la evidencia, el autor no hace nunca comparaciones con otras unidades, pues ello arrojaría resultados distintos a los suyos. Lo que hace es imponer su idea mediante generalizaciones cada vez más amplias, a través de un uso indiscriminado del lenguaje. El término “alemán común” aparece por todas partes. Las guardias que había en los campos de concentración eran “alemanas corrientes” (p. 365); todos los perpetradores son “alemanes corrientes” (p. 371); se hace evidente que el término está vacío de significado sociológico o fáctico. Prueba de ello es que el autor haga referencia a, por ejemplo, “otros alemanes de la SS y del Partido” (p. 178). “Alemán común” no es más que un término comodín.

Hay un uso excesivo a lo largo del libro de la palabra “alemán”, como adjetivo y como sustantivo, lo que cuaja a la perfección con la idea del autor, para quien la causa fundamental del Holocausto se desprende de los rasgos específicos de la cultura alemana. Esto queda aclarado ya desde el comienzo, en donde alude a los perpetradores “sólo en el claro contexto que determina que estos hombres y mujeres eran antes alemanes y solamente después miembros de la SS, policías y guardias de campos” (p. 7; también p. 6). Para Goldhagen, la nacionalidad es esencial; lo sorprendente es que la actividad o la función que desempeña una persona no lo sea. No hay más que observar las formas que utiliza: “un guardia de un campo de concentración” se convierte primero en “un guardia alemán” y luego en “los alemanes de los campos” (pp. 306, 307, 371). Desaparece el rol de perpetrador en la comisión de delitos, sólo queda la nacionalidad. Es importante remarcar que esta “lógica” no se aplica en todos los casos por igual. Al describir los ataques de Viena posteriores al “Anschluss”, Goldhagen define a los que torturaban judíos como

40. En alemán: “Fernder (sic) die Juden und Krimtschaken/verlernen schnell das nesk-nacken”, ZStL, 213 AR 1900/66, DokBd IV, p. 672-7.

“nazis” y no como “austriacos” (p. 286-7). Va aún más lejos cuando usa, con igual desmesura, el adjetivo “alemán”, como en la frase “la cultura alemana de la crueldad” (p. 255): ya no son los alemanes quienes hacen crueldades, sino que es la crueldad la que se vuelve un rasgo alemán. “La crueldad” de los campos “revela el estado mental de los alemanes” (p. 308).

Estos métodos, el de ampliar el significado y el de usar el término “alemán” a rienda suelta, llevan a Goldhagen a transformar el Holocausto en un “proyecto nacional alemán” (p. 11); por momentos, se registra una combinación de ambos. El genocidio fue cometido por “alemanes”, dada la “propensión general alemana a la violencia” (p. 568, n. 108); todos los perpetradores eran “alemanes corrientes”, lo que para el autor significa “ciudadanos representativos de la Alemania toda” (p. 456). Su inferencia la hace extensiva al resto de los alemanes: “las conclusiones generales sobre cómo actuaban los miembros⁴¹ pueden, o mejor, deben generalizarse al pueblo alemán todo. Lo que hicieron estos alemanes corrientes era esperable de cualquier otro alemán” (p. 402).

XII

Goldhagen arguye que, para entender por entero cómo eran los perpetradores, es necesario obtener una imagen totalizadora de su vida, mostrarlos en cada faceta de su existencia. Sólo es posible explicar lo que hicieron mediante una descripción “gruesa”, no mediante “descripciones escuálidas como las usuales” (p. 7). Hasta ahí no hay nada que objetar. Por cierto, sería sumamente interesante que se describiera a los perpetradores, y en particular su esquema mental, en el momento de los delitos, con más claridad y detalle de lo que se ve en la literatura histórica disponible. Goldhagen se jacta de hacer lo que no hizo ningún estudio anterior, a saber: integrar los “niveles micro, meso y macro” del plano individual con “el contexto institucional y social” (p. 266).

En su tarea, Goldhagen examina varias “Ordenes del Día” [*Tagesbefehle*] emitidas por el Comandante de la Policía del Orden lublinesa entre 1942 y 1944, que ahora están en los archivos de la “Agencia Central”. En estas “Ordenes del Día” figuran hechos cotidianos, como las tareas de la guardia, las competencias deportivas, las películas a proyectar y todo lo que se le antojase publicar al Comandante. Alrededor de los quince avisos que elige, Goldhagen entreteje una red de fantasías. Imagina cómo era “la vida cultural más convencional de los alemanes tras esas masacres en que caían millares de judíos desarmados” (p. 263), especula sobre cuestiones tales como “(...) cuántos de los asesinos contaban sus actividades genocidas (...) cuando iban a ver a sus esposas y novias por la noche” (p. 268), y se pregunta “si los asesinos habrían notado la ironía del título en la obra *Un hombre sin corazón*” (p. 270).

41. Del Batallón de Policía 101, RBB.

Goldhagen no tiene ni la sombra de hechos concretos para sustentar sus ideas. El texto está escrito en modo condicional, como las malas novelas históricas; no se lo puede considerar una investigación histórica verdadera.

Si faltan descripciones académicas “gruesas” sobre la vida de los perpetradores, no es porque los historiadores no estén interesados. Más bien es porque casi no hay material sobre el cual basar un estudio. En los archivos pertinentes los descubrimientos ocasionales son tan esporádicos que, para hacer lo Goldhagen dice haber hecho, la investigación metodológica necesaria excedería por mucho la capacidad de cualquier investigador. Por lo común, todos los académicos aceptan las limitaciones que les imponen las fuentes.

XIII

Goldhagen arranca su libro con preguntas destinadas a descolocar al lector: “¿por qué creemos que los alemanes deben ser como nosotros?” “¿Por qué creemos que Alemania era una sociedad normal (...) parecida a la nuestra?” (p. 15) “¿Por qué presuponemos la ‘normalidad del pueblo alemán’?” (p. 31) Estas cuestiones están planteadas al comienzo, sin referencia a ningún período histórico en particular. El consejo de Goldhagen es no presuponer nada, rever a los alemanes “con el ojo crítico de un antropólogo” (p. 15), como si estuviéramos estudiando una especie desconocida.

Se palpa a lo largo de todo el libro de Goldhagen esa imagen particular que él se forjó de “los alemanes”. Basta citar unos pocos ejemplos: el alemán “suele ser brutal y criminal en su trato con otros pueblos” (p. 315) e “integra una cultura política extraordinaria y letal” (p. 456), cuyas crueldades sobresalen “en los anales del salvajismo humano” (p. 386). Expresiones como éstas, igual de gráficas incluso, aparecen en casi todas las páginas, lo que confirma esa imagen de antiespecie que Goldhagen, con su mirada antropológica, ha creído detectar. El libro se basa en su misma tesis doctoral. ¿Aprobarían en Harvard la tesis de alguien que comienza su escrito preguntándose si los negros o las mujeres son seres humanos igual que “nosotros”?

En tanto que al lector se le despejan todas las dudas con respecto a “los alemanes”, la pregunta del millón sigue en pie: ¿Quiénes entran dentro del “nosotros”, dentro de los “normales” que menciona Goldhagen en su libro? El autor nunca postula nada explícito en este sentido. Sí deja en claro lo que para él serían reacciones normales y, a partir de ello, deduce cuán lejos estaban los perpetradores de la conducta humana normal. La gente normal “honra y respeta” (p. 189) a los mayores, siente “compasión”, pena (p. 357) y una especie de “instinto materno” (p. 201) frente a los enfermos, frente a los desnutridos, frente a los que viven en la calle. “Después de todo, casi siempre hay un flujo de compasión hacia quienes sufren grandes injusticias” (p. 441).

La concepción de conducta humana “natural” que tiene Goldhagen es notable. Con sólo asomarse a la sociedad actual norteamericana, lo menos que hace uno

es cuestionar su "instinto materno" frente a los pobres y a los débiles. El reniega del potencial de maldad que hay en los seres humanos y que, en este caso, no es menos evidente. En una nota al pie (p. 581, n. 25), Goldhagen menciona este potencial malévolos, pero considera que aceptarlo es "cínico"; por eso se siente obligado a atacar todos los conceptos sociopsicológicos que impliquen factores psicológicos y psicosociales supuestamente universales (p. 390, ver también p. 409). Para él son "explicaciones abstractas y ahistóricas, concebidas en un laboratorio sociopsicológico" (p. 391, ver también p. 389). Así, descarta los experimentos de Milgram sobre la crueldad por considerar que "sólo ofrecen explicaciones insostenibles" (p. 383).

Al negar la posibilidad de que los delitos cometidos durante el Holocausto hayan emergido de la conducta humana, Goldhagen clausura la eventualidad de que existan perpetradores y se cometan esos mismos delitos en otros grupos. Solo los alemanes pudieron comportarse como lo hicieron; nadie más. Tuvieron una conducta "insondable" y ajena a "nuestro" mundo. En consecuencia, es irrepetible en cualquier otro contexto. El Holocausto queda reducido a un suceso histórico específico, situado por fuera de "nuestro" mundo, separado de "nosotros".

Lo mismo puede aplicarse a la descripción que hace Goldhagen del antisemitismo. Insiste en que está divorciado de todo contexto histórico o social real. Con este fundamento, rechaza las explicaciones que relacionan los motivos del Holocausto con la economía o con "búsquedas de un chivo expiatorio" (pp. 39 y ss.). Para él, el antisemitismo está separado de la realidad; es irracional, salvaje y alucinatorio, ubicado por fuera de las interacciones y la razón humanas. Goldhagen sostiene que hay "un antisemitismo generalmente constante que, según el momento, se torna más o menos manifiesto" (p. 39). Sería impreciso suponer que el antisemitismo disminuye; en todo caso, "lo que disminuye es el vituperio antisemita" (p. 43), no "las convicciones o el sentimiento antisemita" (p. 43); se produce, para ser precisos, "una expresión diferencial de estos últimos" (p. 43). Se ha vuelto imposible observar y evaluar con certeza la realidad.

El tesón con que Goldhagen promueve esta teoría -insiste sin cesar con la palabra "seguro" (ver pp. 392 y ss.)- prueba la centralidad de su argumento. El antisemitismo es una fuerza demonológica y alucinatoria localizada más allá de la percepción humana. Los delitos de los alemanes están por fuera de toda conducta humana posible. Esta polarización extrema tiene sus consecuencias. En comparación con la enorme injusticia sufrida por los judíos, las otras iniquidades cobran un aspecto más benigno. A los judíos los masacran y a los no judíos los matan (p. 195). Los no judíos de los campos de concentración viven, en comparación con los demás, "una vida de lujo" (p. 343) y disfrutan de "una longevidad notable" (p. 340). Es irritante, y se agrava con la aparición de comparaciones más amplias. En los gulags soviéticos, "las crueldades de los guardias no llegaban ni a los talones de lo que hacían los guardias alemanes a los judíos" (p. 587, n. 91). Goldhagen se anima a pontificar que los otros genocidios, como el de los armenios o el de hutus y tutsis, tenían un sustento racional de verdad (p. 412, n. 86, p. 587).

Para Goldhagen, el Holocausto está separado de lo que se considera el comportamiento humano normal y, visto desde una perspectiva actual, es algo históricamente acabado. El “nosotros” de Goldhagen jamás cometería las atrocidades del Holocausto; incluso los alemanes cambiaron por completo una vez finalizada la guerra. En este punto, la argumentación de Goldhagen toma proporciones casi burlescas. Después de pintar, en una imagen siniestra, a una nación que estuvo por siglos atada a un “antisemitismo alucinatorio y demonológico”, a un pueblo impregnado de concepciones viciosas acerca de los judíos, suponer un cambio de comportamiento tan drástico no es realista. El cambio se debe, según él, a la reeducación impartida por Estados Unidos (pp. 593, n. 53, p. 582, n. 38). Es la primera vez que un historiador le atribuye alguna influencia real a ese programa. Cualquiera que conozca un poco sobre la verdadera Alemania sabe que la cosa es más bien al revés. Aunque el argumento de Goldhagen es ilógico, su función es clara: el Holocausto está fuera del horizonte de comportamientos humanos normales y ha sido finiquitado históricamente. Ha cauterizado.

XIV

Uno de los rasgos más notables de este libro es el estilo narrativo y amplio con que se cuentan los hechos. Goldhagen afirma que, al adoptar un estilo así, su intención era “escaparle al enfoque clínico” (p. 22). “Tenemos que describir nosotros mismos cada imagen horrorosa” (p. 22) para comprender mejor la realidad del Holocausto. Fiel a su propósito, el autor llena páginas y páginas con descripciones gráficas de los hechos más horribles ocurridos en los campos durante las matanzas.

Es dudoso que éste sea el papel del historiador. Después de todo, hay una inmensa colección de memorias y testimonios en la que los sobrevivientes cuentan con su propia voz lo que han sufrido. En el enfoque que suscribe Goldhagen, el historiador se comporta como un intermediario que dice interpretar las fuentes. Cuando lo leemos, escuchamos cómo su voz nos narra los sucesos bajo el influjo de su imaginación.

Hace más de cincuenta años que terminó la Segunda Guerra Mundial. El número de sobrevivientes se va acotando. Cada vez más, la memoria del Holocausto se vuelve patrimonio de sus intérpretes: los académicos, los artistas o quienquiera que desee utilizar las lecciones de la Historia. Pero la transición trae consigo una obligación. Nosotros, los que no lo vivimos tan de cerca, los que formamos la segunda o tercera generación, no debemos tentarnos y asumir la voz de los sobrevivientes, con toda la autoridad moral que ello genera. El Holocausto es el único hecho capaz de desencadenar una fuerza moral inigualable en la historia de Occidente, pero su significado se va vaciando día a día a través de una trivialización constante. Cualquiera puede ver a diario cómo se bastardean los términos que refieren a él en la vida política y pública: cada clínica que practica abortos es un

Auschwitz, por ejemplo. Estos movimientos ya no pueden detenerse. Para contrarrestar este proceso, todo investigador del Holocausto tiene una obligación especial: la de separar con rigor lo que es la posición personal como investigador de lo que es el objeto de estudio. Así, la comunidad académica estaría preservando el significado del Holocausto.

El libro de Goldhagen no es una revisión de todo lo que se ha escrito en estos cincuenta años acerca del Holocausto. Un trabajo basado en una investigación sólida sobre cualquiera de los temas que él toca -por ejemplo, la participación de la Policía del Orden en el Holocausto- habría sido bienvenido. Como se presenta, este libro sólo les sirve a los que buscan respuestas fáciles para preguntas difíciles, a los que se resguardan bajo la coraza de los prejuicios.

¿Por qué entonces dedicar tantas líneas a este libro? La obra apareció en los medios masivos de comunicación con una promoción agresiva tiempo antes de salir a la venta y de que los historiadores hubieran tenido oportunidad de leerla. No existen límites para lo que puede lograrse con una estrategia de comercialización profesional en Estados Unidos pero, hasta el momento, el libro casi no se abrió camino en los claustros académicos. Este tipo de difusión presenta un desafío para la comunidad académica. Cuando la agenda histórica es dictada por la publicidad y las campañas comerciales, los historiadores profesionales tienen la obligación de contestar.

El discurso académico ha ido desarrollando con los años ciertas reglas: lo que cuenta son los argumentos, no quien los publica. Se analiza su valor fáctico, pero no se difama a su autor. Estas reglas hay que defenderlas a rajatabla. Aprendamos, por ejemplo, de aquella época en que se atacaba las teorías de Einstein, no porque sus argumentos fueran frágiles, sino porque su autor representaba la "Física judía". Hasta ahora, todos los expertos en el área del Holocausto, sea cual sea su origen, criticaron con dureza el libro de Goldhagen. Esto, a cincuenta años de los hechos, en un tema tan pasional y complejo, es un buen signo.